Cenizas

Amaranta

Image not found.

Capítulo 1

Cuando ella lo sepa será demasiado tarde.

Yo estaba allí y por mucho que quiera cambiar las cosas, es demasiado tarde. Ahora sabrá quién soy en realidad, sabrá lo que hice, pero jamás sabrá por qué. No me dará la oportunidad de explicárselo y permaneceré el resto de mi vida soñando con esa absurda idea. Pero es demasiado tarde.

Recojo las últimas cosas y las guardo en la maleta. Tengo miedo de hacerlo porque estoy perdiendo unos segundos demasiado valiosos en los que el mundo a mi alrededor continúa girando, viviendo, latiendo. Y siento que el transcurrir de los acontecimientos me ahoga, me arrartra consigo y me asfixia.

La he visto implicarse en esta causa mientras yo me quedaba observando como la realidad comenzaba a formarse ante sus ojos. Aún está demasiado fascinada por todo lo que está ocurriendo para verlo, pero lo hará, y cuando suceda, yo ya me habré marchado. Todo el dolor que puedan causarle mis errores quedará placado bajo la rabia de la traición. Nunca podré hacer que lo olvide pero tampoco haré que mi presencia se lo recuerde.

Cojo aire con fuerza. Tanta, que me doy cuenta de que por desgracia aún sigo vivo. *Él* quiere que los latidos de mi corazón me recuerden que no puedo escapar de aquí por mucho que quiera, que la vida me tiene anclado a ella y que es la vida misma la que me separa de mis fantasmas.

Antes de salir de la habitación, observo las cosas que estoy dejando atrás, cosas que solo harán que necesite morir lo antes posible. Prefiero que ella decida guardarlas o destruírlas, que una vez que comprenda la situación decida enterrar los recuerdos o permanecer aferrada a ellos.

Los sonidos que me llegan del exterior me traen de vuelta a la realidad. A esta triste y amarga realidad: tengo que salir de aquí sin que nadie me vea. No puedo permitirme el placer de ser descubierto e interrogado, y mucho menos de que ella descubra lo que me propongo llevar a cabo en estos momentos. Si se entera de que estoy huyendo; haciendo justamente lo que le pedí que nunca hiciera, ni siquiera tendría que esperar a saber la verdad para odiarme.

Salgo de la habitación y cierro la puerta detrás de mí cuidadosamente. Aunque la maleta pesa, no estoy tan herido como para que me impida moverme con facilidad. Además, he estado aquí antes, sé los sitios por los que tengo que escabullirme sin ser visto. Gabriel mantiene a la gente

controlada, pero aún no desconfía de sus aliados como para tener ojos en todas partes.

La voz de una persona se cuela por los pasillos, retumbando y chocando con cada pared de hormigón, llegando hasta mis oídos. Sé que es ella.

—Si esperamos mucho más, acabarán por descubrir el plan. —Oigo que dice.

—Lo sé.

—Haré lo posible por ayudar.

Me gustaría quedarme y oír su voz unos segundos más, deleitarme con los recuerdos que ese sonido suave y cálido trae a mi cabeza, pero no puedo hacerlo. Por el contrario, echo a correr lo más rápido que me permiten mis piernas, alejándome del rumor de su voz, que se clava en mi mente como un último grito desesperado de dolor, hasta que desaparece. Entonces me paro y tomo el camino más rápido hasta la superficie.

No hay nadie por donde me dirijo y me siento orgulloso de ello; no he perdido facultades después de todo, a pesar de haber olvidado como defenderme a mí mismo sin pensar en salvarla a ella primero. Si voy solo no habrá nada que me impida ser la prioridad aunque, en realidad, me gustaría no serlo. Me gustaría tener una excusa lo suficientemente noble para morir, como sería la de poder haberla salvado.

Me olvido de la discreción pensando en su voz calmada y serena mientras hablaba con Gabriel de modo que me choco con un cuerpo robusto. Palpo el bolsillo de mi chaqueta, donde guardo la pistola.

—¿Qué haces aquí?

Su voz me atraviesa los oídos.

—Voy a marcharme —contesto, tranquilo.

Decido ser sincero con él; es lo menos que puedo hacer.

—¿Lo sabe Delia? —pregunta, porque sabe que es la única pregunta que puede hacer que dude, que me tambalee.

Trago saliva.

—No.

—¿Sabes que podría decírselo y hacer que no tuvieras otra opción que

quedarte? Eres un cobarde.

Reprimo el impulso que me incita a empujarlo contra la pared y darle un puñetazo.

—No lo harás.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunta.

—Que eres lo suficientemente egoísta y rastrero como para pensar que si me marcho ahora tendrás alguna posibilidad con ella.

En la oscuridad del pasillo, su sonrisa es lo único que consigo vislumbrar.

—Sé lo que hiciste, Job, y sé que te odiará por ello, pero ese no sería el motivo que me haría tener una oportunidad.

Me reajusto la maleta al hombro mientras él sigue sonriendo.

—¿Cuál sería el motivo? —pregunto, aunque no quiero escuchar su respuesta.

—Saber que has sido tan cobarde como para marcharte.

Decido marcharme. No puedo seguir escuchándolo. Todo el plan que he elaborado en mi cabeza parece no tener sentido alguno cuando sus palabras se cuelan en mis pensamientos.

Lucho contra ellas y me yergo.

—No le digas que me has visto —advierto.

—No lo haré si es lo que quieres.

—Lo quiero. No le digas nada.

Me doy media vuelta y empiezo a caminar por el pasillo en penumbra.

—¡Job! —lo oigo gritar.

Me giro y lo miro.

—Ella te quiere. Lo sabes, ¿verdad?

Es lo único que dice. Asiento y él hace lo mismo. Después, cada uno toma su camino, como ya hicimos una vez.

Sé que ella me quiere y sé que yo la quiero. Es por eso que me marcho, que me doy la vuelta y dejo atrás todo aquello cuanto deseo. Porque si me quedo teñiré de dolor un corazón que solo ha sabido despertar el mío. Y no podría vivir con ello.

Cuando subo las escaleras hacia la superficie y abro la trampilla, el aire frío me golpea a pesar de que el invierno está llegando a su fin. Salgo de un salto y me pongo de pie sobre el suelo, aún cubierto por una fina capa de nieve. Cierro la trampilla y me aseguro de que no es demasiado visible. Después, echo a andar.

No sé a dónde iré, ni cómo conseguiré seguir viviendo ahora que he perdido lo único que me hacía querer mantenerme con vida. No sé cuándo llegará el momento en el que recordarla no suponga un dolor desgarrador en el pecho, ni un vacío permanente. Aún así, ahora mismo en lo único que puedo pensar es que lo lograré. En algún momento todo acabará y lo único que quedará de toda nuestra historia serán las últimas palabras escritas sobre un desvaído trozo de papel que he dejado sobre su cama: *Mantente a salvo.*